

Pacto con La Muerte

Clementine Polendo



Capítulo 1

Eran las tres de la mañana del primer día de septiembre cuando Clementina se encontraba frente a sus maletas una vez más, el hombre de su vida estaba parado a unos pasos de ella observando cómo lo que habían estado intentando construir tiempo atrás se venía abajo por problemas que no pudieron resolver fácilmente.

- ¿Y qué vas a hacer ahora? – Preguntó el de ojos verdes a la mujer de veintitrés años que acababa de darse la última ducha de agua fría en el baño de aquella habitación oscura que compartieron por días y noches tiempo atrás.

Ese no es asunto tuyo – Contestó irreverente y enojada, resolviendo qué más le hacía falta a su equipaje, analizando las palabras que minutos atrás había dicho su amante y casi futuro esposo, contemplando lo absurda que podía ser la vida y los viajes que en tan sólo un año emprendió. No sabía a dónde ir ni a quien llamar sin embargo pidió un UBER desde su teléfono móvil y se dirigió a la puerta con tres enormes petacas llenas de ropa y recuerdos.

Sus ojos color avellana divisaron una vez más a Derek, aquella mirada color selva ahora se encontraba perdida y fría, sus gruesos y suaves labios inertes no pronunciaron un “detente, no quiero perderte” o cualquier frase cliché de los enamorados, ya no tenía el cabello largo cual príncipe encantador y sus fuertes brazos tampoco actuaron para retenerla, vestía de negro como de costumbre y cerró la puerta apenas ella abordó el auto ejecutivo tras guardar todo en la cajuela.

- ¿A dónde nos dirigimos? – Cuestionó el chofer

- A la central de autobuses – Dijo Clementina directa, sin conocer su rumbo aún, con apenas seiscientos pesos que tomó de las propinas que había obtenido su ahora ex prometido horas atrás en su trabajo como jefe de barra en un restaurante de la mejor zona de la ciudad.

Llamó a su madre para anunciar su llegada casa, abordó el camión que la llevaría a la pequeña ciudad que la vio nacer y crecer; subió al asiento número dos detrás del conductor. No llevaba música con la cual distraerse así que se puso a contemplar la historia que vivió al lado de aquel ser quien se quedó con la mejor versión de ella, la auténtica y original Clementina que no había sido descubierta por ningún otro ser humano salvo ella misma, se maldijo por el final y por una vez tras años de no enfrentarse con el dolor, su corazón sintió hacerse pequeño al punto de casi desaparecer. Acomodó su cabello en una coleta e intentó dormir durante el trayecto, pero los recuerdos eran la constante de sus pesadillas y llegó más cansada aún por los fantasmas que a causa de la madrugada

de disgustos y desvelos, la última noche al lado de Derek.

I. Un año después

Los meses transcurrieron como agua en río que desemboca en el mar, rápidos y llenos de fuerza para acabar ante la inmensidad de un universo azul.

Clementina regresó a su vida de antes bajo el techo familiar recuperando fuerzas poco a poco para volver a salir adelante, con una lista básica de sobrevivencia en sociedad: trabajo estable, ropa adecuada para juntas en la nueva empresa, horarios para la llegada a casa y citas ocasionales para no olvidar lo que es el calor humano en un saludo o frente a la pantalla grande de un cine.

Cierto día cualquiera, harta de la rutina a la que tuvo que someterse para olvidar, salió a pasear a la ciudad a su hora favorita para caminar.

Las calles estaban casi vacías, la vida nocturna fue saboteada años atrás por un gobernante e incluso los bares lucían tristes a partir de la una de la mañana. Entró a un pub conocido entre periodistas, su antigua profesión, tomó asiento en una de las mesas del fondo, se quitó aquel suéter rosado a cuadros y acomodó la silla para sentarse en ella.

- Un mojito por favor – Ordenó al mesero de siempre quien con una cálida sonrisa asintió y le dejó un cenicero.

Sacó el primer pitillo de la noche, número veinticinco del día, lo encendió y acomodó su negra melena hacia un lado para poder concentrarse en lo que estaba pensando: Nuevamente Derek. No supo nada de él a partir del tercer o cuarto mes de su separación, lo último que le platicaron fue que se alejó de todos. Solía escribirle poesía de vez en cuando en una libreta que compró para sus horas de insomnio, platicaba con las hojas en blanco y una fotografía de ambos que guardaba como separador, recordaba al muchacho de ojos verdes con matiz de girasol y larga cabellera con quien alguna vez escapó de todo para irse a vivir a una ciudad de mar y trabajo al por mayor. Anhelaba desde su sonrisa hasta el mal carácter de un mal día en el bar de aquel hombre, sus charlas sobre la creación de nuevos cocteles y las horas en las que hacían el amor tras un cigarro de marihuana, dos tragos de vodka o solamente un té chai antes de dormir, en veces un mañanero antes de sus actividades cotidianas o por la tarde cuando ambos no aguantaban más las ganas de poseerse tras miradas coquetas o insinuaciones directas. Pero sabía que esa persona que una vez la amó con la intensidad de algún desastre natural ya no existía pues tras su partida el varón frío, egoísta y de ocultos sentimientos surgió para enmascarar cualquier rastro del príncipe azul que conoció un frío día de

diciembre tiempo atrás.

- No avanzas porque no lo olvidas – Una voz grave la sacó de sus pensamientos y un frío alarmante recorrió su columna vertebral en señal de peligro. Alzó la mirada a quien había pronunciado dichas palabras y se encontró con un total desconocido, un hombre alto y de piel clara quien vestía una camisa negra con tirantes rojos y pantalón de vestir, lucía elegante y fuera de lugar para una taberna barata. - ¿Puedo sentarme? – No supo que decir, pero animó a asentir con la cabeza y dibujar una sonrisa, era coqueta por naturaleza y su belleza natural siempre la había ayudado a conseguir al hombre que ella señalase. – No vengo a proponerte sexo querida – Pronunció el caballero misterioso casi leyendo su mente – Pero si algo más interesante.

-Supuse que no eres heterosexual, pero tenía la esperanza – Comentó Clementina irónica mientras recibía del mesero su bebida y escuchaba a su nuevo acompañante pedir un vaso de whiskey en las rocas, una referencia a una de sus canciones favoritas de Joaquín Sabina que la hizo sonreír al recordarlo.

-Me gusta coger con todo – Respondió al comentario al fin – Pero tengo esta noche reservada otra cosa para ti

-¿Quién carajos eres? – La aventura siempre la excitó y tenía más de un año que no vivía alguna locura, únicamente por eso aceptó que el sujeto se sentara en su mesa, más una sensación de miedo la invadía desde que escuchó su voz.

-Mi nombre no es importante. Puedes llamarme John, Carlos, Christian, Belcebú... o bueno, cómo te dé la gana.

-Vivo mi propio infierno, un diablo o demonio no me sería de utilidad – Le dio un trago al mojito, sintió la menta en el paladar y sonrió al recordar que su ex prometido jamás logró prepararle uno.

-Tu infierno ahora tiene nombre y apellido.

-Es correcto

-Su nombre es Derek. – Ella tosió el humo que apenas había inhalado del cigarrillo, el corazón le dio un vuelco, a nadie le había mencionado ese nombre salvo a sus amigos cercanos que conocían la historia de pies a cabeza, a las nuevas personas que entraron a su vida les mintió acerca de su viaje y excluyó dicho nombre de toda información. Imaginó que quizá su nuevo acompañante lo conocía y procuró guardar la calma

-Si – Afirmó segundos después y notó cómo aquel sujeto tenía una mirada

grisácea que jamás había visto antes. – Supongo que lo conoces

-Conozco a todo el mundo – Llegó su bebida y le dio un enorme trago, sonrió mostrando una dentadura perfecta y al recargarse a su asiento la luz le alumbraba un rostro afilado, impecable ante cualquier imperfección, ojos grandes y labios delgados, pómulos no tan pronunciados y una barba de tres días que lo hacía lucir sensual para quien lo volteara a ver, pero nadie en el lugar se concentraba en el personaje fuera de serie.

-No me interesa saber nada de él – Ella mentía y arrugaba su nariz levemente cuando lo hacía, en realidad quería saberlo todo, sin embargo, si daba un paso en falso podría caer ante un cuadro en el que no deseaba figurar.

-Claro que sí, pero estoy dispuesto a callar respecto a ese tema por ahora. En realidad, vine a negociar tu vida.

-Que directo – Rio – Mi vida es común

-Tienes veinticuatro años, tu fecha de caducidad es a los ochenta y cinco. Quiero quitarte la mitad.

-¿Morir a los cuarenta y dos? Créeme amigo, he intentado de todo para acabar con mi vida antes de cumplir la edad que tengo ahora, siempre sale mal. Algo me ata a este lugar

-Eres de las pocas personas que no teme a mis palabras.

-Sinceramente no tengo miedo a morir, ni a vivir. Y esto parece un chiste sacado de alguno de los libros que leo cuando hay noches largas sin alcohol. ¿Un ángel, un demonio?

-Nada de eso, pero me gusta asustar con los nombres, considérame un negociante. La muerte me contrató como su asistente y me deja jugar de vez en cuando.

-La muerte – Contestó pensativa imaginando a la figura esquelética cuyo altar tenía en su habitación

-Sigues sin aparentar sorpresa y eso me agrada. Pero hablo en serio, vine a hacer un trato contigo y sé que te va a interesar. ¿Qué es lo que deseas en la vida?

-Éxito, dinero, lograr que la gente haga lo que digo, tu sabes las necesidades básicas de una persona egoísta y con hambre de comerse al mundo antes de morir, ¿No?

-Siempre te ha gustado el poder.

-Y es algo que no dejará de estar en mi lista favorita. ¿Y cuál es el trato?
– Preguntó intrigada, creyendo que quizá aquello era un sueño, ficción o tal vez una charla con un extraño que acaba de salir del centro de salud mental, no era la primera vez que podría estar soñando despierta.

-Te lo dije, la mitad de tus años de vida.

-¿Y dónde pasaría mi alma esa mitad?

-¿Tu alma? Aún crees en eso. Sólo mueres, se acaba y ya. No hay sueño eterno, no hay paraíso ni infierno. Tú lo dijiste, el infierno lo viven aquí.

-¿Hay otras vidas?

-Quizá

-Siempre he creído que...

-Lo sé, pero esa respuesta la resolverás en su momento. El punto es que yo te llevo antes de tiempo a cambio de ofrecerte poder.

-No quiero entrar en la política

-No – Él rio y sacó a relucir su hermosa dentadura perfecta una vez más – En realidad es algo así como un poder. Imagina que todas las personas que logres tocar o ver directamente a los ojos hagan exactamente lo que tu mente desea, sin importar su clase o posición en la sociedad, con tal capacidad en ti podrías lograr lo que se te antojara, cumplir cada sueño, realizarte.

-A parte de mis cuarenta años de vida ¿qué más obtienes tú?

-¿Crees que nosotros los inmortales no nos aburriríamos? Fuiste elegida al azar cómo método de mi entretenimiento personal pero claro que hay letras pequeñas en el contrato.

-Justo a eso me refiero

-Sabes que no todo en la vida es felicidad, debe haber un balance entre el dolor y la paz. Tu punto débil es Derek, sabes que él es aquella persona que podría hacerte claudicar una vez más y también es el precio a pagar.

-Si él sale dañado no quiero nada.

-No le quitaré su vida, no seas tonta. A él le tocará después de sus sesenta años. Pero su reencuentro está marcado en el destino, por más

que la distancia los separa lo que ustedes llaman “hilo rojo” los mantiene unidos y es una pesadilla en mi opinión, no son compatibles, pero en esta vida han pagado karmas de otras más y las deudas siguen.

-¡Ajá, si hay más vidas! - Contestó algo irónica, recordando aquellas teorías que ella y su amado sacaban al concluir una buena fumada de cannabis, cuando se veían a sí mismos en otras épocas e incluso de géneros opuestos, luchando por su amor.

-Todo depende de ustedes, pero como repito, eso es algo que no me corresponde explicarte a mí.

Se miraron fijamente por un par de minutos, él terminó su bebida en el segundo trago y ella disfrutaba lento del coctel de procedencia cubana, quizá trataba de una broma – se repetía – o despertaría en su cama tras un absurdo sueño en el que cayó tras leer uno de sus libros de Laura Esquivel.

-¿Entonces qué pasaría con él? – Rompió el silencio, clavó sus ojos avellana en los grises del hombre frente a ella y siguió con lo que imaginaba era un juego.

-No lo olvidarás si es lo que piensas, pero si llegan a verse otra vez será tu deber fingir demencia cómo si te hubiesen borrado la memoria en un consultorio médico, evitarlo y de ser necesario destruirlo una vez más.

-¿Destruirlo?

-¿Qué? ¿Crees que es un humano de piedra o algo así? Clementina, tu partida fue su acabose.

-¿Lo logró?... ¿olvidarme? - Preguntó inquieta

-¿No que no querías saber de él?

-En vista del trato me quiero informar de todo.

-Es válido – Admitió - puedo darte todos los detalles si eso deseas.

-Hazlo.- Pidió con sus ojos llenos de súplica por saber qué fue lo que pasó aquella noche que decidió tomar las maletas e irse de una manera tan cobarde.

II. Después de Clementina

Pidió otro vaso de whiskey en las rocas y ella lo imitó, el bar se vaciaba, el personal no se atrevía a interrumpir su plática y tras un fajo de billetes que Carlos – cómo Clementina decidió llamarlo - le tendió al jefe en turno

de la barra, accedieron a dejarlos a puerta cerrada con un servicio nocturno especial.

-¿Y bien? – La expectativa de la pelinegra era casi nula, en su separación, Derek nunca mostró interés alguno en regresar o arrepentirse de haberla dejado ir por lo que lo colocó en un pedestal de la patanería y egoísmo y no cambió su imagen de él hasta el momento.

-Controla sus ansias – Pidió Carlos sorbiendo del vaso una vez más y encendiendo un puro que sacó misteriosamente de uno de sus bolsillos - ¿Desde qué parte de la historia quieres que empiece a describir su vida?

-Cuando cogí mis maletas y me regresé aquí – Sus piernas se sentían débiles, el corazón le palpitaba deprisa, el estómago estaba exclamando algo de alimento ante la ingesta de alcohol que probablemente le cobraría factura en la mañana y un ataque de ansiedad estaba por sorprenderla si no escuchaba las palabras deseadas, quería arrancarse el cabello, movía la nariz hacia arriba y hacia abajo suavemente en señal de sus ansias y moría por morderse las uñas de las manos.

-Ten – Él extendió el puro, con su blanca y delgada mano lo tomó – Fuma – Ordenó sin reserva alguna y ella no dudó ni un segundo en hacerle caso.

Inhaló el espeso humo de aquel habano, un tenue sabor a vainilla cubrió su boca sintiendo cómo de una forma inusual su mente se iba nublando; cómo si el vaho que expulsaba por su boca invadiera su mente.

Ahí estaba una vez más, en la casa de dos habitaciones en dónde vivía con su amado y su familia poco más de un año atrás. En la entrada estaba la cama de su ex suegra que compartía con su hijo menor, el comedor a un lado y en el siguiente cuarto el nido que ambos habían acomodado sólo con una cama vieja y el enorme clóset que guardaba las prendas de los cuatro habitantes del lugar y asemejaba una especie de pared, la antigua televisión en frente de su cama y la cocina del otro lado de la pieza, un baño pequeño al fondo y el patio que acogía a dos tristes perros adoptados años atrás de que los amantes se conocieran. Observó al hermano de Derek dormir al lado de su madre quien siempre estaba en el móvil y se alarmó de ser sorprendida ahí, notó que su presencia era invisible pero su voz resonaba en todo el lugar

-No te voy a obligar a estar con alguien que no quieres – Escuchaba su propio timbre y miró al lado suyo comprobando que Carlos estaba ahí afirmando con la mirada que todo se trataba de un recuerdo, caminaron hacia donde ella y Derek estaban y veían cómo empacaba sus maletas a toda prisa para meterse a bañar y después salir de ahí.

Miró al hombre de su vida una vez más quien ya se había mudado de ropa para colocarse sus pantalones de vestir y la camisa negra que la despidieron aquella noche, su persona del pasado se encontraba en el baño así que se quedó sola con la presencia del amor de su vida en el cuarto donde alguna vez fue inmensamente feliz.

Se aproximó a él aprovechando que no podía verla y miró sus ojos verdes perdidos, conteniendo lágrimas y lleno de confusión. No pasaron ni cinco minutos cuando la chica de meses atrás salió de tomar un baño para abrir la boca.

-No quiero odiarte, te amo y me quiero ir sin enojarme contigo

Vivió nuevamente el drama de agarrar todas sus pertenencias y se vio a si misma caminar decidida hacia la puerta de entrada y dedicarle un breve agradecimiento a la madre de Derek quien preguntó qué sucedía.

-Pasa que su hijo no sabe si quiere estar conmigo – Se limitó a decir y abrió la puerta para abordar el carro que ya la estaba esperando afuera. No recordaba que Derek le había ayudado a subir sus petacas al maletero y vio que no cerró la puerta inmediatamente sino hasta que el carro se perdió en el bulevar.

Derek volvió a la habitación, evadió las preguntas de su progenitora y con rabia se lanzó hacia la cama para maldecir la almohada que dejó en su lugar, quiso llorar, pero fue un intento en vano y cayó rendido queriendo no despertar aquel día.

Tras un parpadeo Clementina se vio de nuevo en el bar y de inmediato acabó con su vaso de Crown Royal para ordenar otro inmediatamente.

-Jamás me detuvo – Se dijo a sí misma en voz alta y notó que Carlos sonrió maliciosamente.

-Sabes que se cambió de ropa para hablar contigo.

-Pero no lo hizo.

-Eres obstinada y está por demás decir que él tiene su orgullo.

-Ese fue el problema

-De ambos – Respondió hilarante y también terminó su segundo trago – La cara de confusión que viste en él ahora es la que cargó después y sabes de sobra que su vida no cambió mucho inmediatamente. Lo primero que hizo fue inscribirse en un gimnasio tras su paga para aliviar sus penas con dolor físico de entrenamiento personal, se enclaustró en el trabajo y únicamente a sus amigos cercanos les platicaba lo que sucedía entre

ambos. Claro que le doliste, perdió a la única persona a quien realmente le importaba y que él cuidaba con su vida y pese a sentirse sumamente culpable te lanzó a ti la carga para no lidiar con ello.

-Luego me enfermé y perdí un bebé que no sabía que íbamos a tener hasta que fue demasiado tarde, él tampoco dio un paso atrás.

-Si creías que el enterarse de la noticia lo iba hacer regresar estás equivocada, la culpa es más poderosa y eso lo devastó. No podía llorar por fuera pero cada parte de su ser fue meticulosamente destruida día con día y todo dejó de importarle realmente. Él es consciente de los errores que cometió y no encontró solución alguna. Se perdió en los vicios que más le agradan como tú lo sabes bien, el alcohol y sí, el sexo con compañeras de trabajo o viejas amantes que lo conocían antes que tú, pero tampoco te hagas la santa. Así como el amor fue mutuo también el dolor de perderse, cada letra que le escribías en las noches él podía leer inconscientemente y jamás dejó de pensar en ti ni un solo momento. Tú avanzaste rápido y re-construiste tu vida de una forma asombrosa, nunca te faltó el dinero y lo material lo recuperaste al paso de las semanas, todo marchaba bien en tu vida y ¿para qué se iba a meter él en eso? Si lo único que obtenía eran reclamos de tu parte, inmaduros y acorde a la situación, pero a final de cuentas lo pintaste cómo el ser más egoísta del universo cuando quizá no te miraste al espejo lo suficiente querida.

-¿Con cuantas se acostó?

-Muchas, pocas, sabes que pudieron ser decenas o sólo un par. Y sí, a algunas las llamaba por tu nombre o tu apodo personal, tampoco le fue fácil suplantarte.

-Jamás le he suplantado

-Me sé tu vida y lo tengo escrito en un expediente, quizá no de la manera en la que lo amaste más tampoco tardaste a encontrarle reemplazo en los días que te sentías sola.

-¿Me olvidó?

-No

Se guardó silencio cuando el mesero se acercó ya por cuarta vez a rellenar sus vasos casi vacíos, Clementina miraba a la barra del viejo pub y recordó a Derek trabajando en sus bebidas y celebrando cada triunfo con combinaciones de pétalos de rosa, coco y vodka, guiñándole un ojo a los clientes, usando su excelente físico para atraer más propinas con las extranjeras que solían visitar su zona de trabajo.

-¿Está mejor sin mí?

-Tanto como tú sin él

Tal respuesta fue un arma de doble filo y en silencio disfrutaron de dos tabacos hasta que ella logró derramar una lágrima más después de algún tiempo de no hacerlo.

-¿Qué pasa si él y yo volvemos y acepto el trato?

-Lo incumplirías y te llevaríamos de inmediato, él también tendría consecuencias cómo una vida de locura literal tras perderte de esa manera, sabiendo lo que hiciste y el karma seguirá acumulándose.

-¿Puedo apelar algunas cláusulas?

-Es un negocio, propón algo interesante, pero en definitiva tienes que renunciar a él.

-Lo quiero intacto, que ni tu ni otro ser de tu tipo se metan en su vida y mucho menos se atrevan a pedirle algo similar. Y quiero verlo una última vez, despedirme de él.

-No estaba planeado que lo hiciéramos. Acepto la sugerencia, en cuanto a verlo es pedir demasiado sin embargo somos indulgentes. Está bien, pero, no puedes decirle nada de nuestro acuerdo.

-Acepto el trato

-Tal vez era el alcohol, la frustración de saber que pese a toda su historia Derek jamás volvió o la sed de aventurarse hacia lo desconocido cuando ella accedió a entregar la mitad de su vida a cambio de la pérdida total hacia un futuro probable con el varón de ojos verdes de quien se había enamorado.

Carlos amplió su sonrisa y de un maletín que nadie había notado sacó un par de hojas tamaño oficio que le tendió a Clementina el cual estipulaba en términos legales todo lo que habían hablado remarcando el hecho de fingir demencia si el destino se empeñaba en volverla a cruzar con su amado tras lo que sería su último encuentro. De su bolso ella sacó una pluma y firmó las hojas antes entregadas.

-¿Ahora qué sucederá?

-Todo lo que desees.

-¿Volveré a verte?

-Si así lo requieres – Respondió seco y se paró de la silla al fin seguido por la pelinegra de ojos avellana. Ambos salieron del viejo bar y separaron sus caminos a unas calles cuando la chica abordó un taxi para volver a casa.

III. La última noche.

Por la mañana un terrible dolor de cabeza azotó a la pelinegra, fruto de su resaca. Miró su móvil el cual reposaba en su mesa de noche, tenía varios mensajes de texto, entre ellos un número totalmente desconocido y de una larga cifra el cual decía: "Nos vemos en el bar por la noche. Carlos".

Tragó saliva, no había sido un sueño, su memoria no fue afectada por el alcohol y podía verse a sí misma firmando un contrato dónde sólo vería al amor de su vida una vez más a cambio de poder.

Se preguntó qué carajos había hecho, pero no había vuelta de hoja. Llevó su mano derecha a su frente y acto seguido se paró de la cama y miró al buró que estaba frente a ella, había una vieja fotografía de Derek a su lado en un marco de madera que compró tiempo atrás para no olvidarlo, los ojos verdes de aquel hombre brillaban cual luna llena reposando en el mar, ambos lucían verdaderamente felices y enamorados.

Desvió la mirada al espejo y así cómo las lenguas decían que su amado ya era totalmente otro, ella igual. Bajó algunas tallas, se le afiló el rostro y su busto parecía más pequeño como su espalda, los días caminando le habían torneado las piernas e incluso la ropa que usaba ahora era más adulta, sin dibujos animados cómo un año atrás, la falta de sol la había palidecido, lucía más guapa.

Se desvistió y entró a darse una larga ducha caliente, le relajaba sentir el agua recorrer su cuerpo con suavidad al ritmo de sus canciones de trova favoritas, al enjabonarse puso especial atención en su pecho dónde estaba tatuado un fénix rojo y de grandes alas en memoria de su amor, lo acarició con sumo cuidado y cariño, minutos después terminó de bañarse y procedió al arreglo personal que formaba parte de su rutina diaria.

Bajó a tomar el desayuno con su madre, ella se sirvió una taza de té y observó a su mamá sorber del café con leche que preparaba cada mañana y terminaba de tomar por la tarde a falta de tiempo; charlaron del trabajo y los problemas económicos que atravesaba todo el mundo en aquellos días, almorzaron pan tostado con mantequilla y al dar las once de la mañana Clementina se dirigió a su oficina en el centro de la ciudad dónde gastó toda su tarde en atender tareas del negocio de publicidad que emprendió. El día se le escurrió entre los dedos y a las diez en punto ya se encontraba sentada frente a la misma mesa del día anterior en el bar para

periodistas, el ayudante de la muerte ya la estaba esperando ahí.

- Te pedí tu mojito – Sonrió el caballero de ojos grises quien portaba un saco negro a tono con sus pantalones y señaló el vaso que Clem ya tenía en frente, ella agradeció el gesto y tomó su lugar prendiendo el habitual tabaco que comenzó a consumir inmediatamente.

- ¿Qué sucede? – Preguntó ella a la expectativa verdaderamente de cualquier respuesta.

- Pediste un último encuentro con Derek – Respondió serio y sacó de uno de sus bolsillos lo que parecía ser una invitación, se la tendió y ella la tomó con cautela leyendo la frase “José Madero” en grandes letras doradas, se trataba de uno de sus artistas favoritos que había iniciado en una banda de rock cuando Clem cursaba la secundaria y ahora era solista. Abrió la tarjeta para leer más y descubrió que se trataba de una conferencia de prensa que el cantante brindaba por su más reciente libro autobiográfico.

- ¿Qué tiene que ver esto con él?

- Está trabajando actualmente en ese bar, además de que podrás verlo y estar una vez más a su lado te enfrentarás a los nuevos poderes concedidos. Tú sabrás que haces con ellos, pero si te daré la tarea de utilizarlos para atraer al famoso a tu vida.

Observó los datos del evento, sería en La Nacional, un bar ubicado en la ciudad donde su amado vivía a dos horas de ahí, recordó que el sueño de Derek siempre había sido estar tras la barra exactamente de dicho lugar y al fin se le había cumplido. Sonrió ante la casualidad y se sintió orgullosa de aquel hombre. Miró a la silla de en frente y Carlos había desaparecido, pero poco le importaba, tendría que alistarse para la entrevista y el tan anhelado encuentro.

Los dos días siguientes se concentró en leer la historia del cantante, formular una y otra vez las preguntas en su cabeza; Desde sus diez y siete años Clementina se dedicó al periodismo de espectáculos y cultural, otras ramas no le llenaban y pasó por diversos festivales de música, conciertos, exposiciones y galerías que la habían llenado de sabiduría y gratas experiencias. Al conocer a Derek dejó todo eso atrás y pensó que no volvería a trabajar en ello, pero su pasión no desapareció y tenía energías suficientes para llegar pisando fuerte al evento.

Después de un viaje en autobús de dos horas llegó temprano al hotel dónde se hospedaría, Carlos le había hecho una reservación en el Fiesta Americana de una gran torre que sobresalía en la ciudad. Se duchó en aquella habitación y procedió a colocarse unas medias negras con un vestido verde oscuro que resaltaba sus curvas y dejaba ver el tatuaje de

fénix que portaba con orgullo bajo la clavícula izquierda, abarcando el lugar de su corazón. Se maquilló cómo colocándose una máscara y finalmente pisó sus tacones negros de charol que su madre le había obsequiado tiempo atrás. A las cinco de la tarde ya estaba abordando el automóvil que la llevaría a San Pedro a dicho restaurant-bar y llegó en cuarenta y cinco minutos, justo a tiempo, aún no había gente, siempre gozó de ser la primera.

Entró y confirmó que el lugar era elegante y sofisticado, por primera vez iba sola, ni sus mejores amigas quienes la acompañaban como fotógrafas o su casi hermano que le daba ánimos estuvieron ahí. Miró a la barra y no vio aún al de ojos verdes, estaba vacía y una alegre voz familiar llegó a saludarla con ánimo y un abrazo cálido y paternal.

- ¡Clementina!, me da gusto que estés aquí, como siempre la primera – Un hombre de alrededor de sesenta años de ojos claros y mucho porte se separaba de ella para besar su mejilla, se trataba de Armando, un importante empresario en medios de comunicación que manejaba eventos de esa índole desde años atrás. Ella lo miró de arriba abajo, le reconfortaba su presencia porque él siempre había creído en sus sueños.

- ¿Cómo estás, Armando?

- Bien, esperando a que los demás impuntuales lleguen, sé que el tráfico de esta ciudad es espantoso, pero pueden salir antes.

- Suele pasar – Confirmó con una sonrisa recordando la vez que llegó tarde a un espectáculo del Cirque du Soleil y dicho hombre no dudó en dejarla entrar a mirar el show junto con sus amigos, la nota periodística había salido al día siguiente como siempre.

- Pasa y ponte cómoda, Madero se ha lucido hoy con su presentación así que tienen barra libre y la cena será servida tras la conferencia.

- De acuerdo.

Sintió cómo su corazón comenzaba a acelerarse, por el rabillo del ojo sorprendió a Derek llegar a su barra totalmente vestido de negro como de costumbre, lo volteó a ver y notó aquella barba prominente que lo hacía lucir sensual, al parecer el ejercicio había hecho efecto pues su buen físico dejaba mostrar musculatura a través de la camisa, lo recordaba más alto, pero tendía a idealizar, las manos comenzaron a sudarle un poco y se las limpió con disimulo en el vestido. Se armó de valor con mil pensamientos abordando su cerebro y caminó a paso firme y lento hacia dónde él, tomó asiento en uno de los bancos, él estaba aún de espaldas acomodando la cerveza en uno de los refrigeradores.

- ¿Tienes esa bebida de coco con pétalos de rosa y vodka? – Preguntó suavemente y pudo sentir, al igual que Derek, el estremecimiento en su columna vertebral, la piel erizándosele, el corazón queriendo salir de su lugar.

El volteó abruptamente y quedó estupefacto ante la mujer que tenía en frente, la recordaba más voluptuosa, contadas veces la miró con maquillaje y sólo una vez en tacones, los mismos que llevaba puestos esa noche, sonrió al recuerdo y asintió con la cabeza sutilmente, procedió a buscar los ingredientes para el trago requerido, lo preparó en cuestión de segundos luciendo su habilidad con las botellas las cuales utilizaba para jugar mientras trabajaba.

- Servida – Dijo gentilmente y observó como la chica daba el primer sorbo y suspiraba ante los sabores que jugaban en su paladar - ¿Qué haces aquí?

- Vine al evento.

- Creí que ya no te dedicabas a esto

- He vuelto – Sonrió – Me da gusto que ahora reines en el lugar que tanto anhelo